

ASPECTOS

El negocio sucio

Casas Baratas

En la bochornosa sesión municipal de anoche, se leyó un telegrama de CISA que es una nueva diáspora en el sucio negocio que amañaron los de la U. P. y en el que tan interesado está el exsocialista Zafra; amadísimo discípulo del famoso procesado Torres.

Oíamos leer el contenido del pelito azul y sonreíamos llenos de estupor; estupor que nació no sabemos si de pena pensando en los obreros tantas veces engañados por CISA y sus hombres—los upetistas y exsocialistas—, si de pena pensando en Cartagena, el gran pueblo que sufrirá durante largos años las consecuencias de haber estado regida municipalmente por aquellos esbirros del Borbón nacidos a la vida política al calor del puntapié de un generalote, o si de regocijo, al ver, palpablemente, que nuestro criterio, repetidas veces hecho público, de que CISA no cumplirá nunca sus promesas, es el más acertado.

No sabemos por qué sonreímos. Sabemos eso: que sonreímos al oír leer el papelito azul, como sabemos también que la vergüenza de "casas baratas" seguirá meses y meses de no mediar en ello un gobernador de tan alto sentido, tan justo y ecuaníme como el señor Peñamaría, que es el reverso de su antecesor, el tristemente célebre en esta provincia Sr. Borrero.

El de hoy, es un gobernador republicano, es un gobernador del pueblo, y no consentirá—lo afirmamos a priori—que ni Zafra, ni Torres, ni CISA ni nadie, se mofo de el pueblo y haga burla de su hambre o gaza para abrir ciertas puertas que de otro modo estarían cerradas herméticamente...

Por fortuna, el señor Peñamaría,

es un republicano de corazón, y esto equivale a decir que es un defensor entusiasta de toda causa humilde y justa, y no ha de permitir más farsas ni tolerar más comedias en este asunto, que, por culpa de una empresa y de unos hombres al servicio de ella, pudiera acabar en tragedia.

Nosotros que conocemos con todo detalle la serie de patrañas que nacieron para salvar a CISA aun que Cartagena se hundiese; nosotros, que sabemos de la poca formalidad de esta empresa, confiamos en la rectitud del Sr. Peñamaría y aguardamos tranquilos a que haga la justicia ejemplar que el caso requiere, sin fijarse en jerarquías sociales ni representativas.

Quien delinque, por alto que sea, o por alto que esté, se gana un rincón en la cárcel...

Hay que hacer de una vez para siempre justicia, justicia a secas, caiga quien caiga y pese a quien pese. Así lo exigen los altos intereses de Cartagena y la tranquilidad de sus obreros.

Lo que no se puede hacer, es permitir que al amparo de un sucio negocio, que es la mayor vergüenza jurídica que puede darse en un pueblo, se juegue con los obreros y con los intereses de un país que anhela elevarse a las cimas más altas del progreso y de la libertad, y que no puede hacerlo porque tiene sobre él la losa de plomo de ese affaire y el estigma de haberse regido en su Municipio por aquellos a quien la República vino a echar en buena hora.

No, no puede tolerarse, y él señor Peñamaría, que es un buen republicano, que es un hombre justo y culto, no lo ha de tolerar seguramente.

Catolicismo a usanza

Sonaron las campanas: al manoteo del enfurecido monaguillo, sembrando sobre las casas chatas y carcomidas del pueblo una lluvia sonora e inarmónica. Volaron las pajomas, tejiendo en el aire guirnalda invisibles.

A la orilla del pueblo, la gente, a pie firme, rumoreó el "allá vienen". Y, efectivamente, sobre el calvero de la cuesta aquella se recortaron unas siluetas sobre el azul, comenzando el descenso.

"Eran ellos" se rompió el orden, y los muchachos friscaron por las cuevas arriba en busca de la esperada caravana.

Una vez llegados y recibidos con vivas y cánticos, formáronse dos filas de chiquillos abanderados, seguidos por mujeres enmantilladas y tocadas de escajarios, heraldos del bien venido, un robusto y bien cuidado "padre" filipense de la antigua Compañía.

Antecediendo a la Semana Santa, el "padre", para preparar la gente, iba de misión al pueblo. Y el pueblo aquel, "que era católico", ¡que se decía católico!, convertido en una masa humana moviente, todos en uno, se agolpaban dando vitores camino de la Iglesia que, al son enloquecido de sus campanas sajudaba al filipense, orgulloso de verse reverenciado de modo tan unánime.

Aquella noche hablaba el "padre". Faltar al primer sermón era un tanto peligroso. Todo el Ayuntamiento acudiría. Muchas mujeres, que jamás pisaron la calle tocadas las oraciones, aquella noche escucharían al "padre". Las cenas

se adelantaron. Se saturó la casa del olor a membrillo al abrirse los balcones; se emperijilaron las mozas con sus aljofares, blanqueó la enagua asomando sus bordes, y se dieron órdenes a los criados de que no faltaran a escuchar al padre "que sabía tanto".

¡Quién no iba! Yo también fui. Cuando llegué estaba rebosante y apretado el templo. Allí no faltaba nadie. Oía a incienso. Los pabilos asfixiaban, mortecinos. Retumbaban las toses bajo aquella bóveda en aquel ambiente húmedo y frío.

Por fin, el "padre" subió al púlpito. No hablaba mal. Adelantado en las lides de la oratoria sagrada, irrumpió con un exordio, bajo, primero, encendido y fogoso, después, que preparó el trabajo. Y pasó el tiempo... pasó el tiempo... Pero recuerdo aún, después de un cuartito de siglo, cantando las excelencias de

"Cuando Cristo, bajando a los infiernos, una vez muerto, llegó al Seno de Abraham, vió que, arrepentido de sus pocas culpas, estaban haciendo la señal de la cruz".

Yo no pude reprimir un: "¡Qué atrocidad!".

La gente que estaba próxima me oyó. Rumorearon. Me miraron algunos con ojos desorbitados, de odio. Los demás, al darse cuenta, volvieron la cabeza arrojando sobre mi miradas de desprecio.

Y hablaban unos. Siguiéronse otros. — ¡Hereje! — ¡Protestante!

PROSAS BELLAS...

"Yo no sabría decir cómo es tu voz, ni cual su oculto hechizo. Acaso ella recuerda suaves silbos de flauta, gemidores violines, trémolos sollozos de amor, o las apasionadas melodías de esos instrumentos de madera que sueñan en las orquestas dulce y pasionalmente. Y a veces, es también cual goso repique de campanas de plata que tuviesen los inquietos badajos de cristal..."

...Es la noche de estío de una calma infinita. La ciudad se duerme serenamente. Nada turba su descanso, sino esos ruidos temerosos que aún el oído más atento duda percibir, y que diríanse el eco de los latidos del corazón de la tierra, o el batir en el aire de unas alas hechas de alma. Parece que se oyen besos, besos de novia buena, o de niños, o de madrecita, y el jadear de un enorme pecho cansado que tuviese contenido el aliento. Y respira, porque ya no puede más, y entonces se despierta la brisa, corre por entre las tinieblas alocadamente, sin saber donde ir: dice cosas mimosas a los árboles, frunce el cristal del agua y lo deja temblando, juega con una mebla que levanta hasta trocario en no sé. Luego se cansa, y échase otra vez, mientras las estrellas se miran en las lunas inmóviles. Y hay una roja, muy pequeña, como un sol fulgente o una lágrima de sangre que se hubiese coagulado, que arriba, de frío..."

Andrés CEGARRA

ANTEANOCHES, Y POR RAZONES DE ALTA DIGNIDAD POLITICA, ACORDARON LOS COMITES REPUBLICANOS NO ASISTIR EN EL DIA DE AYER A LA SESION MUNICIPAL.

EL GACETILLERO QUE EN NUESTRO NUMERO DE AYER SE OCUPA DE ESTE ASUNTO, NO INFORMO VERAZMENTE, DESCONOCIA QUE, ANTEANOCHES, REUNIDOS LOS COMITES DE LOS PARTIDOS REPUBLICANO RADICAL Y REPUBLICANO RADICAL SOCIALISTA, ACORDARON NO PISAR AYER EL AYUNTAMIENTO.

NOSOTROS, QUE CONOCEMOS ESAS RAZONES DE ALTA DIGNIDAD POLITICA, COMPRENDIMOS EL GESTO DE LOS CONCEJALES REPUBLICANOS.

No dijo el señor Ventosa, que al cambiarse el Régimen, en el cual él gobernaba, quedaba reconocida por el Estado español una Deuda Pública con avales de unos veintidós mil millones y que esta Deuda Pública, como la elevación del Presupuesto a más de tres mil millones, había sido voluntad exclusiva de aquellos Gobiernos, en aprobación del Parlamento, que no se debía pagar a pesar de ser la Nación la responsable de la Deuda.

de la crisis económica, y es verdad también, que desde que advino la República, no se ha autorizado ni una sola emisión de Deuda, ni un aval, ni una responsabilidad del Estado; y en cambio, se ha atendido, y los ministros han declarado que atenderán puntualmente a los intereses y a la amortización de la Deuda, que por tanto ha disminuído en la proporción correspondiente a las tablas de Amortización."

(Fragmentos de la réplica del profesor Sacristán Zabala al discurso de don Juan Ventosa).

— "¡Si a "usté" no le convence, a nosotros sí".

— "Es que va "usté" a saber más que él?".

— "Es que no era santo hacer la señal de la Cruz?".

Y yo me fui. Me fui temiendo que me atacaran.

Los amigos me enteraron del pasado peligro... y del presente... Aquello es un pueblo tan católico, era exponerse a una cosa seria. Protestarían de mí.

Al otro día observé el desvío. Me miraban mal. Rumoreaban. Me insultaban en mi ausencia. ¡Ya lo harían frente a frente!

Y cuando yo... Se me acercó el sacerdote. Vi llegado el momento del estallido. La gente nos observaba y esperaba el desenlace para tomar parte.

Y el sacerdote me dijo: "de parte del "padre" queda Vd. invitado a tomar café".

Y el filipense aquel me habló del caso y me pidió perdón porque él fue el causante en verdad con tan tremendo disparate, y que pedía a Dios con el mayor fervor que se lo perdonara. "Sí, señor, es un gran disparate sostener horas después de morir crucificado Cristo, ya se hacían en el Seno de Abraham la señal de la Cruz".

Y el pueblo aquel, "católico, que se decía "católico" ¡que "defendía" el credo "católico", cuando me vieron salir, que lo esperaban, exclamaban: "¡Cón que le habrá puesto!". "¡Qué carallo va, cómo se le conoce!".

Y como éste, idéntico, idéntico a éste,

son la inmensa mayoría de los pueblos católicos de España: pueblos que no conocen lo que es catolicismo.

Enrique GALLEGU

Partido republicano radical socialista

JUNTA GENERAL EXTRAORDINARIA

Se convoca a los afiliados de este partido a la Junta General Extraordinaria que se celebrará el día 24 a las diez y media de la mañana en el local social para tratar los asuntos siguientes:

- 1.º Actualidad política.
- 2.º Estado económico.
- 3.º Reforma de Reglamiento.

Cartagena, 22 de Enero de 1932

Enrique Gallego

La actitud de Carner

Madrid, 1 m. El ministro de Hacienda, señor Carner, se muestra dispuesto a acceder a las condiciones que continúan vigentes las plantillas de funcionarios que aprobaron las Cortes.

Salida de aviones

Madrid, 1 m. Del aeródromo de Getafe, han salido para Barcelona, dos escuadrillas de aviones al mando del comandante Rubiá

Republicanizar la República

Cuando vemos con cuánta intensidad, con cuánta energía se levantan por doquier las fuerzas reaccionarias y alzan al vuelo su grito de guerra contra la República, no podemos menos de pensar en los motivos que hacen que con más intensidad aún, mayor energía, con entusiástico esfuerzo, las fuerzas izquierdistas, no respondan adecuadamente. Hay, esto sí, reacciones parciales, protestas encendidas, pero no unánime clamor. Hombres que antes con el riesgo del régimen monárquico, se lo jugaron todo; hombres todo abnegación y sacrificio, que hoy, con régimen de libertad, cuando la expresión amplia y libérrima no se encuentra coartada, callados, mustios, desengañados.

Las causas, indudables, evidentes, todos las conocemos: La República está vestida por fuera; por dentro carece de órganos. Su airoso manto vuela, y dentro no hay más que un endeble andamiaje. Desde el más modesto portero de centro oficial, hasta el más alto funcionario, desde el militar de más baja graduación, hasta el máximo pontífice de la milicia, desde el concejal del pueblo lejano, a la máxima investidura de la nación todos, líderes o soldados de filas de los partidos, no han republica ardorosos teorizantes, magníficos polemistas, pero no han sabido cortar con el pasado, aunque con ello, arrancasen pedazos de su propia alma.

Transigencia con el pasado; excesiva transigencia. La gangrena para que no siga avanzando, para que no siga pudriendo la carne, tiene el cirujano que arrancarla cruentamente con el bisturí. A los resabios del régimen fenecido, hay que arrojarlos a la charca del olvido, la que embalsaron con sus propias culpas.

Republicanizar la República. Hacerla exenta de impurezas, sin caciques que aún puedan cotizar sus votos, sin emboscados en las oficinas del Estado, de los antiguos recomendados de los borbones, sin

de la aplicación de fríos que han venido a la República, no por convencimiento de sus ventajas sobre el régimen monárquico, ni si quiera por acatar el régimen, sino para explotarle y seguir tirando.

Basta ya de dejarla en manos de quienes nos la pueden vender; ni más individuos que con su actuación la desprestigian; no cederla tampoco a manos de quienes facilitaron regímenes de tiranía y que acataron y dicen que facilitaron, porque no había más remedio. Y si para todo esto, para revolverlo y arrojarlo de donde impropriadamente está; precisa el auténtico pueblo, el Pueblo del 15 de diciembre, este responderá al llamamiento y se arriesgará y luchará como el solo para Republicanizar la República, para hacerla digna de todos los cañiños y de los mayores entusiasmos.

Germinal ROS MARTI

Pobres pobres!

Descansaba yo a pierna suelta. Si mal me recuerdo serían las cuatro de la mañana. De pronto, en el silencio de la noche, sonaron unos golpes en la ventana de mi alcoba.

— ¿Quién? — dije al despertarme, y observando que aún era bien de noche.

— ¿Está Cesáreo? — respondió, desde la calle una voz de mujer.

— Está durmiendo. Si quiere Vd. algo, lo llamaré.

— Como querer, quería inscribir un niño, que he dado a luz.

— ¿Y a estas horas? ¿Por qué no lo ha inscrito ayer? Ahora no va a levantarse para ir al Juzgado.

— Es que ayer no había nacido.

— ¿No?

— No, señor. Ha nacido a las doce. Yo, como me voy al campo a mi trabajo, tenía que inscribirlo ahora.

— Pero, mujer. ¿Va a ir al campo, habiendo dado a luz esta misma noche? ¿Vd. sabe?

— Y si no voy, ¿de qué como?

— Pues, luego, de día, se inscribirá, al volver a la tarde.

— Es que yo no vuelvo del trabajo hasta que es de noche. A esa hora vendré, dígaselo Vd. "pa" no caer en falta.

se tromeando por los quijos dispersos de aquellas callejas desurbanizadas.

Yo, lleno de sueño, al llegar a mi ventana la pobre obrera, no pude, sin embargo, no pegar los ojos en el festo de aquella noche. Aquellas pocas palabras, eran claras y duras y punzantes.

Aquella pobre mujer fue, con su ojo ciego caso, el discurso sublime y sincero que acusaba una injusticia.

Había dado a luz, había sido madre, había dado un hijo a la patria, y a las pocas horas, sin otro medio para alcanzar el pan, enferma, debilísima... tenía que hacer caso omiso de todos los preceptos médicos. Necesitaba descansar,

reparar sus fuerzas que perdiera la pobre al ser madre, pero no podía quedar ni siquiera en casa, cuando las otras, las no madres, las bien acomodadas, quedaban descansando.

Hasta la ciencia pertenecía a los otros, a los de la otra clase, a la de los pudientes, a los pobres hijos del campo, no les llegaba. Ellos producían el pan, y en cambio, solo hambres recogían. ¡Ellos que lo producen todo!

¡Cuánto recordé en aquella madre tan triste las palabras del personaje de Benavente en "Por las nubes", las de aquel Don Homobono, el santo, mé dico que se angustiaba ante el destino fatal de sus pobres enfermos que ¡por ser pobres! no podía curar. El aire que era tan preciso, no podía dársele en aquellas mazmorras miserables en que vivían aislados de los ricos; luz, tampoco, en habitaciones lóbregas de pobre; descanso, era imposible para aquellos que se mueren de hambre; medicinas, cuestan y dinero es preciso para el pan; ropas, abrigo... ¡harapos!, nada, en fin, para los pobres, la ciencia no tenía entrañas: la ciencia, para los ricos, como aquella noche de la pobre parturiente. Enferma, debilísima, arrastrando, ¡te

¡Ah, sí! Había hospitales. Los hospitales que hacen los ricos para tener a los enfermos pobres afeitados de ellos y que no los contagien. O para que los enfermos, privados de medios por injusticia social, no recriminasen a los que eran dueños del tesoro de todos. ¡Hospitales para unos cuantos, no para todos, debiendo en buena República ser para todos! ¡Limosna, deprimencia! ¡Mucho D. Juan de Robres, que si hacía hospitales hacia los pobres antes! ¡Pobres, pobres!

YO